

na al sepulcro cuando aun era oscuro, y vió quitada la losa del sepulcro. San Jerónimo, San Gregorio Niceno y Toeophilacto, opinan que fué poco despues de la media noche, entre el sábado y el domingo. En los oficios del Sábado santo canta tambien la Iglesia: Esta sacratísima noche, en la que resucitó el Señor; y parece que escogió esta hora nuestro Salvador para manifestar que por su resurreccion nos condujo de las tinieblas del pecado á la luz de la gloria, destruyendo con su muerte las tinieblas de la noche, y para declarar que anticipándose Cristo á la salida del sol, trajo con su resurreccion un dia mas importante y una luz mas excelente que la de aquel luminoso astro del dia.

Habiendo Cristo resucitado el domingo, estuvo sepultado por consiguiente parte del viérnes en que fué crucificado, todo el sábado y el principio del dia domingo; por lo que propiamente se dice que resucitó al tercero dia, para que se cumpliesen las profecias de Oseás y del mismo Salvador, y la figura de Jonás, como explica detenidamente entre otros padres, San Gregorio Niceno. Y así como para declarar su divinidad, segun el catecismo tridentino, no quiso diferir su resurreccion hasta el fin de los siglos, para que creyésemos que habia sido verdadero hombre y que habia muerto verdaderamente, quiso volver á la vida, no inmediatamente despues de su muerte, sino al tercero dia; el cual tiempo parece bastante para comprobar una muerte verdadera.

Cristo finalmente, resucitado segun las Escrituras, no ha resucitado como los hombres, sino por su propia virtud, de manera que la resurreccion del Salvador no se debe considerar bajo el concepto solo de haber vuelto á la vida, como ha sucedido á otros; sino que resucitó por su fuerza y por su sumo poder, segun dice San Pablo á los corintios en estas palabras: *Nuestro Señor Jesucristo. . . pues aunque fué crucificado por enfermedad; mas vive por el amor de Dios. Porque nosotros tambien enfermos en él; mas viviremos con él por la virtud de Dios en vosotros. Así lo habia predicho el mismo Salvador, segun refiere San Juan. Yo pongo mi alma para volverla á tomar. No me la quita ninguno; mas yo la pongo por mí mismo; poder tengo para ponerla, y poder tengo para volverla á tomar.* Y en otro lugar: *Destruid este templo, y en tres dias lo levantaré. Los judíos le dijeron: En cuarenta y seis años fué hecho este templo; ¿y tú lo levantarás en tres dias? Mas él hablaba del templo de su cuerpo. Y cuando resucitó de entre los*

muerτος, se acordaron sus discípulos que por esto lo decia, y creyeron en su nombre viendo los milagros que hacia.

-----  
DIA VEINTE Y CINCO.

**El Beato Sebastian de Aparicio, y San Cesario  
confesor. (\*)**

**EL BEATO SEBASTIAN DE APARICIO.**

NACIÓ el Beato Sebastian en España en la villa de Gudiña del reino de Galicia en 20 de Enero del año de 1502; sus padres Juan de Aparicio y Teresa del Prado, humildes labradores, pero temerosos de Dios, le dieron una educacion cristiana, la que unida á su bello indole, produjo los mejores frutos, siendo desde muy niño inclinado á los ejercicios de piedad, sumiso á sus padres y mayores, modesto, moderado y recomendable en todas sus obras. La Providencia manifestó desde esta corta edad lo que se complacia en él, pues teniendo solo doce años, hallándose gravemente enfermo de una fiebre contagiosa y de un tumor maligno, oculto en una mal resguardada choza, entró un lobo, y habiéndole reventado el tumor, le lamó, y lo dejó perfectamente sano.

Siendo ya jóven, y deseando socorrer á sus padres, pasó á Salamanca á servir á una señora viuda, lo que hizo con suma fidelidad; mas ofendido de una accion deshonesta que cometió ella en su presencia, le reconvinó con zelo, quien irritada de su cristiana libertad, lo despidió de su casa. De aquí se dirigió á San Lucar de Barrameda, y se acomodó en la casa de dos doncellas huérfanas; y viendo la aficion que una de ellas le manifestaba, se retiró á Zafrá, y despues de diez meses volvió á San Lucar, donde sufrió otro ataque del demonio, valiéndose de la hija de su amo, que habia cometido la desenvoltura de huirse en otro tiempo con su amante, y trataba de seducir á nuestro jóven: esto lo determinó á trasladarse á la América, habiendo ántes persuadido á esta malvada muger á encerrarse en un monasterio á hacer penitencia, como lo verificó.

Treinta y un años de edad tenia Sebastian cuando se embarcó, y despues de haber sufrido con admirable paciencia los ludibrios é in-

(\*) La vida de San Cesario irá por Suplemento.



sultos de los pasajeros y gente del mar, por su virtud y simplicidad, arribó felizmente á Veracruz, donde hizo una corta mansion. Internóse despues hasta las inmediaciones de Puebla, y por dos años se dedicó á sembrar trigo y maiz; mas no produciéndole mayores utilidades la labranza, se dedicó á amansar novillos, adquiriendo en este ejercicio la admiracion, respeto y benevolencia de los del pais, por haber sido el primero á quien vieron domesticar estas fieras: inventó ademas las carretas tiradas por bueyes, que se usan hasta el dia entre nosotros, y se ocupaba en trasportar en ellas semillas de unas haciendas á otras, como tambien los cargamentos de Veracruz á lo interior.

Pasó en seguida á los nueve años de estas tareas á avvicindarse en México, y continuando en este penoso ejercicio, abrió con increíble industria y singular trabajo, el camino que tenemos de esta capital hasta Zacatecas, admirando todos en esta empresa su laboriosidad y zelo por el bien público, su constancia y desinterés, no ménos que su ejemplar conducta, su caridad, su oracion, penitencia y castidad, virtudes con que recomendaba altamente el Evangelio, que entónces se predicaba á los indios, quienes no solamente hallaron en él un modelo que imitar, sino un seguro patrocinio y un suave lenitivo en los males que en aquella época los aquejaban.

Fatigado de aquel penoso ejercicio de las carretas, las vendió, y comprando una hacienda de labor entre Atzacapuzalco y Tlalnepantla á poco mas de una legua de México, volvió á su antigua ocupacion de la labranza, trabajando personalmente con los peones, y observando una vida tan frugal y austera, que su alimento no era otro que el de los pobres, tortillas y chile, con un poco de vaca los dias festivos, su bebida era solo agua, sus vestidos ordinarios, y su cama una estera delgada. Bendecia Dios sus tareas con abundantes cosechas, que hicieron aumentar considerablemente sus ganados y bienes; mas esta opulencia solo refluía en beneficio de los indigentes, á quienes socorría con crecidas limosnas. En estas circunstancias un sugeto de esta capital, deseoso de que se enlazase con una hija suya de algunas proporciones y prendas naturales, lo convidó para su casa; mas luego que se le propuso el matrimonio delante de la ofrecida esposa y toda la parentela, lo rehusó eficazmente por mas instancias que se le hicieron, alegando con humildad la desigualdad de su nacimiento.

Contaba ya nuestro Sebastian sesenta y dos años de edad, habien-

do conservado ileasa su virginidad, cuando resolvió contraer matrimonio con una doncella pobre y virtuosa de Chapultepec. Efectuólo con el intento de amparar esta tierna niña, y con ánimo de permanecer virgen en su compañía, como lo verificó durante el año que vivió con ella, tratándola con el amor de padre y la atencion de marido, aunque no dejó de perturbarse su paz por el interés de sus suegros; mas muerta su consorte, olvidando las molestias que le habian causado, les entregó los dos mil pesos en que habia dotado á su hija.

Pasó poco despues á segundas nupcias, que fueron tan virginales como las primeras, y habiendo tambien enviudado al año, resolvió retirarse al claustro á terminar sus dias en la estrecha senda de la perfeccion. Hizo donacion de todos sus bienes á las religiosas de Santa Clara de esta ciudad de México, que en la actualidad fundaban su convento con suma pobreza, con sola la condicion de que lo admitiesen en su servicio. Vestió en efecto el hábito de donado, y sirvió en la sacristia de este convento por espacio de un año con el mayor esmero, zelo y edificacion; pero deseando abrazar la vida religiosa, tomó el hábito de novicio en el convento de San Francisco de esta misma capital el dia 9 de Junio del año de 1574, á los setenta y dos de su edad; y despues de un noviciado que mas bien fué la prueba de su última perfeccion, en cuyo tiempo sufrió continuas persecuciones del demonio, por la obediencia al convento, profesó de lego, y fué mandado de Tecali, seis leguas distante de Puebla. En este desempeño él solo los oficios de cocinero, limosnero, sacristan, portero, refitolero y hortelano, admirándose en tan diversas ocupaciones su alegría, prontitud, mansedumbre y humildad.

De aquí pasó al convento de Puebla, donde fué destinado á recoger la limosna del campo, á cuyo fin volvió á fabricar dos carretas que habilitó de bueyes pedidos de caridad, que él solo uncia y desuncia, pasando regularmente las noches en el campo. Alternaba sus tareas de limosnero en cortar y conducir toda la leña necesaria al servicio de su comunidad, sufriendo todos estos trabajos con la mayor serenidad, y sin desatender los ejercicios y prácticas que le prescribía su regla. Sin embargo, Dios que queria purificarlo, permitió sufriese una persecucion en el mismo claustro, que tuvo por resultado reducirlo por segunda vez al noviciado.

Sumas fueron las angustias que tuvo que sufrir nuestro Santo en este estado. El maestro de novicios lo ocupó en trabajos penosísi-



mos, como si fuese jóven; pero lo que mas atribuló su inocente espíritu, fué el empeño que se tomó en hacerle aprender la doctrina cristiana, segun el método y órden del catecismo; pues no satisfechos sus maestros de que Sebastian supiese en la sustancia los artículos de la fé y observara prácticamente los mandamientos como lo manifestaban sus obras, insistían en que se los repitiese con las mismas palabras y secuela con que se hallan en los textos, castigando su escasez de memoria con graves y asperísimas reprehensiones, acompañadas de crueles disciplinas. La paciencia con que nuestro Aparicio llevaba estas pruebas, la puntual observancia de sus deberes, su mortificacion, humildad, obediencia y demas virtudes, adornadas de una santa simplicidad, movieron al superior á sacarlo de esta penosa vida y que volviese á su antigua ocupacion. Hizolo así á pesar de su avanzada edad, y prosiguió en el ejercicio de limosnero, caminando diariamente muchas leguas, edificando por todas partes con los heróicos ejemplos de su santidad, y siendo objeto de una justa admiracion por los singulares prodigios con que el cielo lo favorecia.

Era maravilloso el trato familiar que tenia con los bueyes de sus carretas: llamábalos por sus nombres: dábalos de comer con su mano, ó en la falda de su hábito: señalábales la cantidad que cada cual debia comer: reñíalos si peleaban entre sí por la comida; siendo admirable cómo lo obedecian en cuanto les mandaba y cómo cumplian sus órdenes. Igual fué tambien el dominio que tuvo sobre otros animales indómitos, que perdian su ferocidad á su presencia y quedaban domesticados. Las cosas insensibles le prestaban ademans obsequiosas: obediencia, y aun en algunas necesidades fué socorrido por los mismos ángeles del cielo. No se admiró ménos su santa simplicidad, la que llegó á términos de haberle hecho una vez creer los coristas que estaba muerto, y juzgando ser cierto se dejaba pacíficamente llevar á enterrar, asegurando él mismo su muerte al padre guardian, que vió la travesura con que se divertían aquellos jóvenes.

No fué menor que esta pureza de alma su ardiente fé, que le inspiró seguridad para arrostrar las dificultades tan superiores á sus fuerzas que con allanó montes, igualó valles, desmontó bosques y supo introducirse en el corazon de los americanos sumergidos aun en la barbarie: su caridad ardiente, que lo constituyó padre de los adifidos, á los que socorria con limosnas no solo en el siglo, sino

aun de religioso, llevándole alimentos y desnudándose de sus hábitos para cubrir sus carnes: su humildad fué sublime, y muy austera la penitencia con que ademas de los muchos trabajos que padecia en sus ministerios y caminatas, adigia su anciano y debilitado cuerpo, para tenerlo siempre sujeto á su fervorosísimo y magnánimo espíritu.

Mas llegó el feliz término de tantas fatigas, y habiendo tenido sobrenatural noticia de su próxima muerte y despediéndose de sus amigos, se halló repentinamente atacado en el monte de Tlaxcala, de una gran debilidad de estómago, acompañada de violentos y repetidos vómitos, en cuyo estado se dirigió á su convento de Puebla, donde se recostó en un portallizo de la huerta desde donde miraba el cielo, y esperaba allí tranquilamente el fin de su vida. Noticioso el guardian de su enfermedad, lo hizo por obediencia dejarse conducir á una celda de la enfermería, en la que mirando el lecho que se le preparaba, y la asistencia y cuidados que se le prestaban, no pudo ménos de decir al compañero que lo asistia: *¿Qué os parece? ¿Cómo no me quieren dejar donde tengo mi consuelo!* Agravósele el mal por los cinco dias siguientes, sin dar la menor señal de impaciencia ó turbacion, hasta que el 25 de Febrero del año de 1600, habiendo adorado de rodillas al Santísimo Sacramento, que no pudo recibir por la continua basca, y recibida la sagrada extremauncion, voló su bendita alma al seno de su Criador á los noventa y ocho años de su edad.

Su semblante se puso al momento como el de un jóven robusto y sano, desapareciendo todas las trazas de su ancianidad, su austeridad y muerte: la celda y parte del convento quedó llena de una suave fragancia, y la comunidad entera se dedicó á apoderarse de cuanto le habia servido, estimándolo todo como preciosas reliquias. La misma veneracion le prestó el piadoso pueblo los cuatro dias que estuvo insepulto, en cuyo tiempo fué necesario vestirlo varias veces por la violencia devota con que se le cortaba en fragmentos la mortaja, siendo muchos y raros los portentos con que Dios honró á su siervo. Diósele en seguida honorífica sepultura, y en diversas ocasiones se encontró su cuerpo sin corrupcion alguna. El Señor Pio VI en fin, dió el decreto de su beatificacion, y su bienaventurado cadáver está expuesto al público culto de los fieles en la ciudad de la Puebla.



*La Epístola es del capítulo IV de la primera del Apóstol San Pablo á los corintios.*

Hermanos: Estamos hechos espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres. Nosotros somos unos necios por amor de Cristo; mas vosotros sois los prudentes en Cristo: nosotros flacos, vosotros fuertes: vosotros sois honrados, nosotros viles y despreciados. Hasta la hora presente andamos sufriendo la hambre, la sed, la desnudez y los malos tratamientos. No tenemos donde fijar nuestro domicilio; y nos afanamos trabajando con nuestras propias manos: nos maldicen, y bendicimos: padecemos persecucion, y la sufrimos con paciencia: nos ultrajan, y retornamos súplicas; somos en fin tratados hasta el presente como la basura del mundo y como la escoria de todos. No os escribo estas cosas porque quiera sonrojarme, sino que os amonesto como á hijos míos muy queridos en Cristo Jesus nuestro Señor.

*El Evangelio es del capítulo XII de San Lucas (pág. 214).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: No temais, pequeña grey, &c.

#### MEDITACION.

*Sobre la liberalidad con que Dios recompensa nuestros servicios.*

Considera la liberalidad con que recompensa Dios todo lo que se hace por su amor. Inspiraciones saludables, auxilios particulares, gracias sobreafluantes, valor de los méritos y de la sangre de un Hombre Dios; dones sobrenaturales, mas preciosos que todo el mundo junto: todo esto es alguna vez recompensa de una ligera obra de caridad, de un solo acto de amor de Dios, de un simple deseo de una alma justa. Parece que ya no se acuerda Dios de todos los infinitos beneficios que nos ha hecho, luego que le damos ocasion, por decirlo así, para hacernos otros nuevos, con nuestra fidelidad á su servicio. Al mismo tiempo que da los talentos, da los medios y la industria para negociar con ellos; y en ganando dos, añade cuatro. Toda la Escritura está llena de parábolas y de ejemplos, que acreditan la liberalidad con que premia Dios en nosotros aquello mismo que él nos da. ¿Pero qué servicios somos capaces de hacer á todo

un Dios? ¿Todo cuanto podemos hacer, no es obligacion nuestra, y la mas esencial de todas nuestras obligaciones? ¿Puede haber para nosotros, ni mayor gloria, ni mayor recompensa, que él mismo admitirnos á su servicio? Sin embargo, quiere Dios recibirnos por mérito nuestras mismas obligaciones; quiere señalar un infinito premio á la mas ligera prueba de nuestra debida obediencia. Por haber estado prontos á su voz; por haber alargado un vaso de agua en su nombre; por haberle tributado nuestro respeto; un paraíso, una gloria eterna, una felicidad que la hace el mismo Dios. ¡Oh, y cuánta verdad es que Dios todo lo premia como Dios! Y despues de todo esto, ¿será posible, Divino Salvador mio, que yo quiera servir á otro dueño?

Considera que aunque Dios no recompensara nuestros servicios con otra cosa, que con dignarse de admitirlos, quedaríamos sobradamente recompensados. ¿Cuántos grandes no reciben otra recompensa en la corte por lo que sirven al soberano? Perdieron la salud, gastaron toda su vida, arruináronse en el servicio de un hombre; y una palabra benigna, un miralles alguna vez con agrado, vale para ellos un elogio, y suele ser no pocas veces todo el premio que reciben. Pero al mas pequeño acto de mortificacion, al sacrificio de un momento, á un *nada* hecho, ó padecido por Dios, se sigue al instante una asombrosa abundancia de bendiciones. Ni en el gran dia de los premios, que es el dia del juicio, quiere Jesucristo hacer mencion de otras cosas, sino de las mas ordinarias, de las ménos ruidosas y de las mas fáciles. ¡Mi Dios, un torrente de delicias, océanos inmensos de consuelos, una bienaventuranza infinita, eterna, por un maravé! que ofrecí á vuestro tesoro, por una visita que hice á un pobre enfermo, á un encarcelado; por haber cumplido con un acto de religion á que estaba obligado bajo de graves penas! ¡Y como si todo esto fuera poco, como si no fuera bastante, vos mismo queis ser mi recompensa! ¡Oh mi Dios; y con todo eso teneis tan pocos que os sirvan! ¡Y hay hombres que tengan por gran trabajo el servirnos! ¡Y los hay negligentes, flacos y disgustados en nuestro servicio! ¡Tenemos fé, sabemos bien la religion que profesamos?

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

Conozco, Dios mio, al hacer estas reflexiones, que es incomprendible el estrago que hacen en el corazon del hombre las pasiones, el



amor del mundo, los pecados, los vicios á que se abandona: su razon ofuscada no sabe ya discernir entre la luz y las tinieblas; teniendo ojos no vé, teniendo oídos no oye; y embrutecida por los apetitos de la carne, no conoce ya mas que la yerba venenosa de que se alimenta. ¡Oh Dios! Sacadme de esta situacion tan lastimosa: abridme los ojos para que vea y aprecie vuestra bondad, reconozca vuestros beneficios, y aspire al sumo y verdadero bien con que vos me brindais. ¡Léjos de mí la torpeza y la ambicion que me apartaron de mi Dios, y me envilecieron y humillaron en el amor desordenado de las criaturas! Desde este instante detesto vicios tan abominables; y solo quiero la honra de ser viros y el placer de daros gusto haciendo vuestra voluntad.

## JACULATORIA.

Tú solo ¡oh Dios! eres mi esperanza; mi porcion en la tierra de los vivientes.

## LECCION.

*Continúan las pruebas de la resurreccion de Jesucristo.*

Recorrerémos brevemente las nueve apariciones que verificó el Señor ántes de su subida á los cielos segun nos refiere la Escritura. En los Hechos de los Apóstoles se lee: *Lo resucitó al tercero dia, y quiso que se manifestase no á todo el pueblo, sino á los testigos que Dios habia ordenado ántes, á nosotros que comimos y bebimos con él despues que resucitó de entre los muertos.*

La primera aparicion del Salvador fué á la Magdalena, para recompensarle la fé, la caridad, el fervor y la perseverancia con que habia ido á buscarlo á su sepulcro, y para indicarnos el consuelo que las almas afligidas deben esperar por la fé de Jesucristo. Jesucristo se apareció despues á las santas mugeres que habian ido á embalsamar su cuerpo con aromas, y les previno llevasen la nueva de su resurreccion.

La tercera aparicion del Señor fué á San Pedro, cabeza de la Iglesia. Porque desde el principio, dice San Pablo á los corintios, *yo enseñé lo mismo que habia aprendido: que Cristo . . . resucitó al tercero dia segun las Escrituras y se apareció á Cefas ó Pedro, y despues de esto á los once Apóstoles.*

Se apareció tambien el mismo dia á dos de sus discípulos que iban al castillo de Emmaus en el camino, y entrando en conversacion con ellos les explicó, sin darse á conocer todavia, comenzando desde Moises y los profetas, todas las Escrituras que hablan de él, segun refiere San Lucas. *Y estando sentado con ellos á la mesa, tomó el pan y lo bendijo, y habiéndole partido, se los daba, y fueron abiertos los ojos de ellos, y lo conocieron; y él entónces desapareció de su vista.*

La quinta aparicion de Jesus fué la que hizo á todos los Apóstoles en el lugar en que se hallaban congregados en el mismo dia. Y no obstante de hallarse cerradas las puertas, *estando sentados, segun S. Marcos, á la mesa los once Apóstoles, se les apareció, y les afió su incredulidad y dureza de corazon, por no haber creído á los que le habian visto resucitado. Y les dijo: Id por todo el mundo, y predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere y fuere bautizado, será salvo; mas el que no creyere, será condenado.* Para acabar de convencerlos de su resurreccion, porque no podian volver de su pasmó ni creer á sus propios ojos: *Ved mis manos, les dijo, segun San Lucas, y mis piés que yo mismo soy: palpá y ved que el espíritu no tiene carne ni huesos como veis que yo tengo; y dicho esto les mostró las manos y los piés. Mas como aun no lo acabasen de creer, y estuviesen maravillados de gozo, les dijo: ¿Teneis aquí algo de comer? Y ellos le presentaron parte de un pez asado y un panal de miel; y habiendo comido delante de ellos, tomó el sobrante y se los dió. Por último, segun San Juan, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo. A los que perdonáreis los pecados, perdonados les son; y á los que se los retuviereis, les son retenidos.*

No habiéndose encontrado en esta ocasion Santo Tomas con los demas Apóstoles, permaneció tenaz en su incredulidad sobre la resurreccion de Cristo, hasta llegar á decir que no lo creeria si no tocaba él mismo las llagas de su Maestro. Volvió el Señor ocho dias despues al lugar donde estaba Santo Tomas con los otros, estando cerradas las puertas, segun San Juan, *se puso en medio de ellos, y dijo: Paz á vosotros; y despues dijo á Tomas: Mete aquí tu dedo, y mira mis manos, y da acé tu mano, métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Respondió Tomas y le dijo: Señor mio y Dios mio. Jesus le dijo: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*



La sexta aparición fué en Galilea, á la orilla del lago de Tiberíades, á Pedro, Santiago, Juan, Tomas, Natanael, y otros dos discípulos, un día que estaban ocupados en la pesca. Habiéndoles hecho lograr una pesca asombrosa, *llega pues Jesus, dice San Juan, y tomando el pan se los da, y asimismo del pez.* Esta fué ya la tercera vez que se manifestó Jesus á sus discípulos despues que resucitó de entre los muertos. Y cuando hubo comido, quiso que San Pedro con un triplicado testimonio del amor que exigió de él, reparase la culpa que habia cometido negándole tres veces. Luego le confió el gobierno de su Iglesia, le anunció el género de martirio que padecería, y no quiso satisfacer su curiosidad en órden á la muerte de San Juan Evangelista.

Habiendo hecho congregár Jesucristo á sus Apóstoles y discípulos en un monte de Galilea, se hallaron allí juntos mas de quinientos, y se manifestó á ellos; cuya promesa les habia hecho por medio de los ángeles y por las santas mugeres en el mismo día de su resurreccion.

La última vez que se apareció el Señor á sus Apóstoles, fué al tiempo de subir al cielo. San Lucas en los Hechos de los Apóstoles, dice expresamente que Jesucristo se manifestó muchas veces á sus discípulos despues de su pasión, y que les mostró con muchas pruebas que estaba vivo, apareciéndoseles por cuarenta días y habiéndoles del reino de Dios, en cuyas palabras ha juntado este evangelista innumerables pruebas que no están escritas en los libros sagrados; pero estas apariciones tan diferentes y reiteradas, añadan á las primeras una nueva certidumbre, y servian para afirmar á los Apóstoles en la fé de la salvacion. Aunque podemos creer con sólidas razones, que Jesucristo apareció á la Virgen Santísima; pero la revelacion no nos lo dice; ya sea para darnos á entender la profunda humildad de Maria, que siempre quiso que estuviesen ocultas las gracias que recibía; ya sea para ensalzar la grandeza de su fé y de su esperanza, que podia pasarse sin estos consuelos. Por último, no ángeles manifestó el Señor al pueblo judaico ó á los gentiles que habian tenido parte en su muerte, sino solo á los testigos que habia escogido ántes; porque aquellos no eran dignos de su visita, ni eran á propósito para atestiguar su resurreccion, ni formaban su Iglesia.

La disposicion en que se hallaban los Apóstoles al tiempo de la resurreccion, es otra prueba de la verdad de este hecho; porque no

pueden tenerse por sospechosos de una credulidad indirecta ó que se acerque á la simplicidad; pues en las relaciones de los Evangelistas se ve que no esperaban la resurreccion de Jesucristo. Nosotros esperábamos, decian los discípulos de Emmaus, segun San Lucas, al mismo Salvador, que él hubiera restablecido el reino de Israel. Con semejante esperanza, su muerte en una cruz desvaneció la poca que tenian en sus promesas; así es que tuvieron por un sueño la relacion que les hicieron las santas mugeres, de la conversacion que habian tenido con los ángeles en el sepulcro, y así permanecieron hasta que Jesus comió con ellos, y que hizo le tocarse las llagas Santo Tomas. Ya desde entónces se nota en los Apóstoles un valor extraordinario para atestiguar la verdad de la resurreccion. Unos hombres sin literatura, como los llamaban los principes de los sacerdotes, y tan groseros, que apenas entendian lo que les decia Jesucristo; estos hombres tan simples y tan cobardes, se exponen sin la menor precaucion á poner en ejecucion las órdenes de su Maestro: se arrojan los primeros á los peligros en presencia de todo el pueblo: no se valen de insinuaciones: anuncian libremente la resurreccion de Jesucristo, echándoles en cara á los judíos, que aquel que predicaban era el mismo á quien ellos crucificaron, y al dar testimonio de esta verdad, producian los libros de los profetas que habian predicho su resurreccion.

El feliz y rápido progreso de la predicacion evangélica es la cuarta prueba de la resurreccion de Jesucristo, porque en él se observa el poder visible del Altísimo, el que no podia haberse ostentado por el ministerio de unos hombres que hubieran sido embusteros, publicando, como publicaron, esta gloriosa resurreccion del Salvador. Un discurso solo de San Pedro convirtió tres mil hombres: en otro, cinco mil. La fé se comunicó á manera de un incendio. El Evangelio pasó velocísimamente de Jerusalem al resto de la Judea, á Samaria y á las naciones vecinas. Habiéndose dividido despues los discípulos del Salvador para anunciar el cristianismo, dice el Apóstol San Pablo á los romanos, que la profecía del Salmo 18 estaba ya cumplida; pues su voz se ha hecho oír en toda la tierra, y su palabra ha resonado hasta en las extremidades del universo.

La constancia de los Apóstoles comprueba finalmente la resurreccion de su Maestro. A pesar de las contradicciones y persecuciones de que fueron el blanco, tanto entre los judíos como entre los gentiles, ellos permanecieron firmes hasta la muerte, cruel y violenta







que uniéndose á los cristianos, fueron al templo á dar gracias á Dios por sus beneficios.

Este acontecimiento irritó mas á los gentiles, que aun preponderaban en la ciudad, los que infirieron graves molestias á los cristianos; mas habiendo ocurrido San Porfirio á Constantinopla al emperador Arcadio, consiguió por la mediacion de San Juan Crisóstomo, no solo que terminase aquella persecucion, sino un decreto particular para que fuesen destruidos todos los templos de los ídolos en Gaza. Al llegar á su diócesis nuestro Santo, salieron á recibirlo en procesion todos los cristianos; y á vista de ellos y de multitud de infieles, quiso Dios manifestar su poder, pues pasando por un sitio donde se hallaba un ídolo, cayó éste de su pedestal y se hizo pedazos, portento á que se siguieron muchas conversiones.

Llegado á Gaza el comisionado del emperador para destruir los templos idólatras, nuestro Santo tuvo el gusto de verlos consumidos en las llamas, derribando él mismo el infame simulacro de *Maznas* y su famoso templo, levantando con su trabajo personal y el de los cristianos, una elegante basílica de un gusto exquisito y poco usado en aquel tiempo, durando la obra cinco años. El mismo San Porfirio la consagró solemnemente el dia de Pascua de Resurreccion del año 408.

Ultimamente, despues de haber concluido esa obra, y teniendo la dulce satisfaccion de ver extinguida la idolatria en su diócesis, fué á recibir el premio de sus trabajos y de sus heroicas virtudes á la eterna bienaventuranza, siendo su glorioso tránsito el 26 de Febrero del año 420, á los setenta de su edad y treinta de su obispado.

*La Epístola es del capítulo I de la del Apóstol Santiago.*

Carísimos: Bienaventurado el hombre que sufre con *paciencia* la tentacion, porque despues que fuere probado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido á los que le aman. Ninguno cuando es tentado diga que Dios le tienta, porque Dios no puede dirigirnos al mal; y así él á ninguno tienta, sino que cada uno es tentado, atraído y halagado por la propia concupiscencia. Despues la concupiscencia, en llegando á concebir, pare el pecado; el cual una vez que se ha consumado, engendra la muerte. Por tanto, no os engañeis en esta materia, hermanos míos muy amados. Toda dádiva preciosa y todo don perfecto, de arriba viene, como que descendiendo

del Padre de las luces, en quien no cabe mudanza ni sombra de variacion. Porque su voluntad nos ha engendrado con la palabra de la verdad, á fin de que seámos como las primicias de sus criaturas.

*El Evangelio es del capítulo XIV de San Lucas (pág. 156).*

En aquel tiempo dijo Jesus á las turbas: Si alguno &c.

MEDITACION.

*Sobre las falsas máximas del mundo.*

Considera que siendo tan opuesto el espíritu del mundo al espíritu de Cristo, y no teniendo Cristo mayor enemigo que el espíritu del mundo, no debe causar admiracion que las máximas del uno sean tan contrarias á las máximas del otro, ni que los gustos sean tan diferentes. Pero lo que debe aturdir á todo buen entendimiento, es que el mundo tenga mas secuaces que el Salvador del mismo mundo, y que conviniendo todos en que las palabras de Cristo son palabras de vida eterna, sea tan poco seguida su doctrina, al mismo tiempo que las máximas del mundo reinan y dominan en todas partes. Porque ¿dónde no reina con imperio la ambicion, el interes y el amor de los deleites? ¿Dónde no es mirada con repugnancia la cruz de Jesucristo? ¿Dónde no es oida su doctrina sobre la abnegacion de sí mismo, con horror y con disgusto? ¡Ah, que hoy solo se le considera al mundo como el teatro, como la region de los placeres! En él reinan como tiranas las pasiones: la humildad cristiana está desterrada de él. Entre los mismos azotes con que cada dia está castigando Dios á los mundanos, en medio de tanta multitud de desgracias como los hacen gemir, ¿se corrige mucho el mundo? ¿Pierde por ventura sus falsas brillantesces? ¡Ah, mi Dios! La profundidad se sustenta hasta de los mismos despojos; y léjos de quedar enterrada la concupiscencia entre las ruinas de una fortuna abatida, renace con mayor viveza en su mismo abatimiento.

Considera seriamente y con atencion la siguiente máxima mundana, sin que para conocer su disonancia sea menester apelar á otro tribunal que al de la razon. El que vive en el mundo (se dice) ha de hacer lo que hacen los demas; y ¡quiera Dios que esta perniciosa máxima no se introduzca en los claustros! Porque, de buena fé, ¿es juicio, es prudencia seguir á ojos cerrados lo que hace la muche-



dumbre, que obra sin tino ni concierto, sin seguridad en la conciencia, y aun casi cierta de que su modo de obrar la conduce á su perdición? ¿Es puesto en razon entregarse al humor, al capricho y á las pasiones de los otros? Y si estos otros hacen mal, ¿por qué hemos de hacer lo que hacen los otros? ¿Por ventura se discurre así en las demas materias que no tocan á la religion y á las costumbres? Si los otros estragan la salud con sus desórdenes y con sus excesos, ¿hay acaso muchos locos que digan: *Es menester hacer lo que hacen los demas?* Si los otros se arruinan en el comercio por sus temerarias ideas, emprendiendo proyectos quiméricos en los negocios, ¿hay comerciante tan necio que infiera debe hacer lo que los otros, aunque éstos fueran en mucho mayor número? A la verdad que esta máxima pugna contra toda la fuerza de la razon y de la religion. Jamas admitirán éstas un absurdo semejante, ni aprobarán la conducta de quien viva según él.

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

La moral santa del Evangelio debe ser la que regle nuestra conducta; y apartarse de ella, es buscar el error, la depravacion: esta moral jamas se muda ni falta; y las máximas del mundo no pueden prescribir contra ella. Jesucristo ayer y hoy, dice el Apóstol, y el mismo por los siglos: así su moral es hoy la misma que fué ayer y ha de ser hasta la consumacion de los siglos. Ni sus principios se varian, ni sus reglas se mudan, ni su perfeccion puede demeritarse, por mas que la deshonren los malos cristianos. Sea por tanto nuestro propósito vivir siempre arreglados á la moral de Jesucristo, y conformes en todo á las máximas del Evangelio; y sea asimismo nuestra peticion al Señor, que nos libre y ponga á cubierto del espíritu del mundo, su irreconciliable enemigo.

#### JACULATORIA.

Aparte, Señor, mis ojos de la vanidad del mundo.

#### LECCION.

*La resurreccion de Jesucristo es una de las pruebas mas terminantes de la verdad de nuestra religion.*

Aunque al exponer la primera parte del Credo, hemos manifestado sobradamente la verdad de la religion cristiana, y hemos explicado los motivos de credibilidad en que estriba nuestra fé, sin embargo, la importancia del dogma de la resurreccion de Cristo, hace como ya dijimos, fundándonos en la autoridad del Apóstol, que si Jesucristo no ha resucitado, vana sea nuestra fé, y no debemos omitir esta nueva prueba que nos presenta de la verdad y de la solidez de nuestra creencia la resurreccion del Salvador. Por otra parte, la multitud de pruebas, la claridad de las demostraciones, y la fuerza de las razones que abundan para convencer al espíritu mas incrédulo, de este dogma fundamental; al mismo tiempo que la conexcion que él tiene con la revelacion del cristianismo, no permiten acaso hablar ni reflexionar sobre la verdad de la resurreccion de Jesus, sin ver victoriosamente demostrada la verdad de la religion santa que él mismo ha promulgado con su predicacion, asegurado con su muerte y fundado con su misma resurreccion gloriosa.

Si es verdadera la resurreccion de Cristo nuestro Salvador, Cristo ha sido verdaderamente enviado por Dios, y por consiguiente la religion que vino á enseñar al mundo es verdadera y divina, como que solo Dios puede ser autor de tan grande milagro. Probándose, pues, la certeza de la resurreccion de Cristo, no puede ponerse en duda la verdad del cristianismo: entremos, pues, en el pormenor de estas convincentes é indudables pruebas.

En la leccion antecedente leemos que Jesus despues de su resurreccion se presenta á sus discípulos hallándose cerradas las puertas de la casa donde estaban. “Es cosa maravillosa, dice San Ambrosio, cómo una naturaleza corporea pudo pasar por un cuerpo impenetrable; cómo un cuerpo visible abrió una entrada imperceptible, y un cuerpo palpable tuvo una operacion difícil de comprender. No penetró lo que estaba cerrado, y naturalmente impenetrable, con una naturaleza espiritual, sino con un cuerpo glorioso y resucitado.”

Para demostrarse como cierto, un hecho histórico, según las reglas de la mas sana y mas severa crítica, no se exige otra cosa, sino



qué se encuentre referido por muchos testigos que no pudieron engañarse ni engañarnos al referir el suceso que nos cuentan. Ahora bien; la multitud de Apóstoles y discípulos de Cristo que testifican su resurreccion, no pudieron engañarse al creerla, porque aseguran que lo vieron con sus propios ojos á Jesucristo resucitado, no solo cada uno de por sí, sino aun estando todos reunidos; no una vez sola, sino repetidas ocasiones; dentro y fuera de casa, en la ciudad y en sus alrededores: ellos afirman que por el espacio de cuarenta dias han hablado, han comido, han andado con él, que tocaron su cuerpo, que tocaron con la mano las preciosas cicatrices de sus llagas: para comprobar mas sus dichos, atestiguan que han tenido consigo mas de quinientos testigos de la resurreccion, por todos los cuales fué visto el Salvador; finalmente, los Apóstoles recuerdan y refieren los preceptos y las grandiosas promesas que les hizo Cristo. ¿Podrian acaso engañarse sobre hechos tan sensibles y notables, si no es que todos á la vez hubieran enloquecido, lo que sería imposible? Porque en efecto, ó vieron verdaderamente á Cristo resucitado, ó lo que les parecia Cristo era solo una fantasma ó una figura de Cristo; pero esta semejanza no podia ser producida por Dios, porque repugna á la sabiduría infinita y á la verdad divina inducir á un error casi invencible, y que muy pronto se extenderia por todo el universo: tampoco podia ser invencion del demonio; porque, aun prescindiendo de que los deistas, que son los únicos que podian admitir esta suposicion, no creyendo en la revelacion, tampoco pueden creer en la existencia de los ángeles, la religion cristiana es demasiado santa para que agrada-se al enemigo del género humano emplearse en hacer prodigios ó simular apariciones en obsequio de un culto que ha destruido el imperio que ejercia ántes sobre la raza humana: ni Dios tampoco podia conceder su permiso al diablo, para que indujese á un error tan notable y de tan difícil desengaño, no ya solo á los Apóstoles y discípulos, á quienes se presentada aquel falso simulacro, sino tambien á todo el género humano. No pudo ser por consiguiente el objeto de su vision y de los demas sentidos de los discípulos de Cristo, sino el Salvador mismo. Los Apóstoles, pues, no han podido engañarse á sí mismos con respecto á la resurreccion de Jesucristo.

Pero estos testigos de la resurreccion tampoco han podido engañarnos. Prescindiendo de todos los caracteres de verdad y de sinceridad que hemos manifestado se encuentran en los Apóstoles, in-

concusamente repugna á la naturaleza y á la costinucion hmmana, que muchos hombres atestigüen, sin ninguna esperanza de utilidad, una mentira manifiesta y un hecho de cuya falsedad estuviesen bien persuadidos. Es así que los Apóstoles han testificado la resurreccion de Cristo sin ninguna esperanza de emolumento, ni en el presente ni en el futuro siglo. No en la otra vida, porque ¿qué ventaja podrian esperar, sino ántes bien las penas debidas á los impostores en cualquiera religion? Tampoco en ésta, porque, ¿de quién podrian recibir riquezas, deleites, fama ú honores, cuando anunciando la resurreccion de Cristo desagraban á los judios, á los paganos, á los magistrados y á los sacerdotes, cuyos deseos, cuyas preocupaciones y cuyos errores impugnaban? Por otra parte, entre los suplicios y en medio de los mas crueles dolores, testifican este hecho, y sellaban sus testimonios con su sangre, como lo refieren los historiadores sagrados y profanos: *Iban gozosos*, dice la Escritura, *porque se les habia juzgado dignos de sufrir contumelia por el nombre de Jesus*. Es verdad que hay muchos ejemplares que nos refieren las historias de sugetos que han dado su vida por la patria, y aun algunos otros por una religion falsa; pero no en tanto número, ni jamas podrian presentarnos los deistas un solo ejemplo de alguno que se haya ofrecido á la muerte para testificar una cosa que en su concepto era absolutamente falsa.

Ó la resurreccion de Cristo es verdadera, ó los Apóstoles habrian inventado una mentira para engañar al género humano, y para establecer una nueva religion fraguada por ellos; pero una de dos, ó el fraude se habria combinado viviendo todavia Cristo, y con su consentimiento, ó despues de su muerte; pero uno y otro son absurdos inadmisibles. Porque lo primero, repugna que Cristo se entregue á sí mismo á una muerte cruelísima para que se promulgase su fingida resurreccion; y por otra parte, si hubiera convenido en semejante fraude con sus discípulos, no habria predicho tan clara y manifiestamente que habia de resucitar al tercero dia, para que los judios no impidiesen el éxito de su predicacion. Pero si el fraude se supone intentado despues de la muerte de Cristo, si no hubiese resucitado en realidad, no debian mirarlo los Apóstoles sino como un impostor, por quien habian sido engañados, y contra el que se habria excitado mas bien su odio que el deseo de aumentar su gloria. ¿Qué mayor absurdo que suponer en los Apóstoles, hombres rudos, pobres y sin luces, la empresa de inventar persuadir á todo el mun-



do un hecho tan increíble, en obsequio de un hombre que miserablemente los había engañado! ¡Qué mayor absurdo que asegurar con su vida la santidad de un hombre á quien los Apóstoles creyese un impostor! ¡Y qué mayor absurdo finalmente, que el que se hubieta podido conservar el secreto de esta supercheria aun en medio de los tormentos, entre tantos discípulos de Jesus y entre mas de quinientas personas que aseguran haber visto resucitado al Salvador del mundo.

Si los Apóstoles hubiesen inventado la resurreccion de Jesucristo para engañar al universo y predicar á los pueblos una falsa religion, habrian sido sin duda unos hombres malvados que hacian ludibrio de la religion y de Dios, ó unos ateos que no creyese en su existencia ni su justicia; pero ¿cómo podria entónces concebirse que unos hombres de esta clase, ó bien los mayores malvados, ó bien los ateos mas resueltos, renunciase á todas las delicias de la vida, se sujetasen gustosos á los oprobios y á la muerte, promoviesen la gloria y el culto del Ser Supremo, procurasen destruir los simulacros de las falsas deidades, y difundiesen por último por todo el universo la religion mas santa, el cristianismo, no solo con sus palabras y sus escritos, sino con sus hechos, con extraordinarios esfuerzos, sin perdonar diligencia ni tarea alguna, sufriendo toda clase de penalidades y aun la muerte misma?

Pero aun hay mas; ó Cristo resucitó verdaderamente, ó sus discípulos robaron su cuerpo del sepulcro. Vamos, pues, á demostrar la imposibilidad de que verificasen tal hurto, porque para que los Apóstoles robasen el cuerpo de su Maestro, era necesario ó que estuviesen durmiendo los guardas que habian puesto para custodiar el sepulcro los príncipes de los sacerdotes, como decian en otro tiempo los judíos, ó extraerlo á viva fuerza, resistiéndolo los mismos guardas, ó seduciendo á éstos y corrompiéndolos con dinero, como asientan algunos deistas modernos, ó por último, excavando por conductos subterráneos hasta el centro del sepulcro donde se hallaba el cuerpo de Cristo. Manifestando, pues, que de ninguno de estos cuatro modos pudo usarse, quedará manifiesta la imposibilidad de este robo. Vamos por partes.

Los guardas de que se trata eran soldados romanos, acostumbrados á la mas rigurosa disciplina militar, y que verosimilmente no pudieron dormirse todos á la vez, faltando todos á su deber; principalmente cuando se trataba de un asunto en que tenian mucho interes

los príncipes de los sacerdotes, y que naturalmente debia excitar su curiosidad. Los judíos, y despues de ellos nuestros filósofos modernos, fingen gratuitamente este robo del cuerpo de Cristo, contradiciéndose consigo mismos, segun advierte San Agustin. Ningun otro argumento presentaban los judíos, como se lee en el Evangelio, ni hay otro que puedan alegar los deistas, fuera de la relacion de los soldados, que segun les aconsejaron los judíos, sobornándolos, decian: que habia sido sacado del sepulcro el cuerpo de Cristo, estando ellos durmiendo. ¿Y podrá haber cosa mas débil, ni mas fútil que el argumento de estos militares? Porque si estaban durmiendo, ¿cómo pueden testificar que los Apóstoles extrajeron el cuerpo del Salvador? ¿En qué legislacion, en qué tribunal civil se daria la mas pequeña validez á semejante testimonio? Es preciso no olvidar que el cuerpo no podia sacarse sin romper el sello y levantar una gran piedra que lo cerraba, y ambas acciones no podian verificarse sin hacer ruido y sin despertar alguno. Tambien es digno de reflexionar, que si el cuerpo hubiese sido furtivamente extraido, no se habrian encontrado en el sepulcro los lienzo en que estaba envuelto, pues los que lo hubieran robado no habrian gastado tan inútilmente el tiempo en esto, aumentando su riesgo. Por último, si los judíos no hubiesen conocido lo fabuloso de este raptó, habrian hecho castigar el descuido de los soldados, y establecido una pesquisa jurídica para rastrear la existencia del cuerpo, y destruir de este modo la predicacion apostólica.

No pudieron extraer el santo cuerpo á viva fuerza, porque la ignorancia y la timidez de los Apóstoles no eran para acometer una empresa de tanto valor, porque los judíos, si esto hubiese sucedido, se habrian aprovechado para hacer castigar á los Apóstoles, ó al ménos lo habrian publicado para desconcepcionar el hecho de la resurreccion, mejor que finjir el sueño de los soldados que se habian dejado arrebatar un depósito que se les habia confiado. Las mismas razones persuaden que no pudo haber cohecho ó soborno de los guardas, cuando ademas los Apóstoles no eran sino unos pobres pescadores, y que debian temer que, recibido el dinero por los soldados, éstos podrian descubrirlos en cualquier lance.

Por último, no pudo entrarse al sepulcro por alguna excavacion subterránea, porque él estaba labrado en la roca; porque aunque así no fuese, no podian en undia hacer la excavacion necesaria para que no fuese oido el ruido por los guardas; ademas, despues se habria



visto algun vestigio del subterráneo, ó por lo ménos, del lugar por donde se habia hecho la comunicacion bastante para entrar y extraer el cadáver. Luego los Apóstoles no pudieron sacar el cuerpo de Cristo. Luego Jesucristo ha resucitado verdaderamente, y con su resurreccion nos ha manifestado la verdad del cristianismo.

### DIA VEINTE Y SIETE.

#### San Leandro, arzobispo de Sevilla.

LA ciudad de Cartagena en España fué el lugar del nacimiento de San Leandro, quien tuvo padres nobles, y tan virtuosos, que veneramos en los altares no solo á este su hijo Santo, sino tambien á sus hermanos San Fulgencio, obispo de Ecija, y San Isidoro, sucesor de Leandro en el arzobispado de Sevilla. Tambien su hermana Florentina, aunque no está canonizada, murió en olor de santidad, en el estado de vírgen y el ejercicio perfecto de todas las virtudes.

Siendo muy jóven San Leandro se retiró del mundo, eligiendo por su habitacion un monasterio, donde moró muchos años, entregado á la continua práctica de todas las virtudes y al estudio de las ciencias eclesiásticas, para poder ser útil alguna vez á la Iglesia de Dios y á la salvacion de sus prójimos. En esta mansion de delicias llegó nuestro Santo á tocar un alto grado de perfeccion y una no vulgar instruccion en la sagrada doctrina, circunstancias que produjeron su eleccion al obispado de Sevilla, carga que si admitió, á pesar de su humildad y amor al retiro, fué porque consideró que el Señor lo llamaba á prestar los mas importantes servicios á la religion y á los fieles.

Se hallaba entonces dominada la España por los visogodos y ostrogodos, que imbuidos en la heregía arriana, no contentos con seguir las perniciosas máximas de esta secta, trataban de extenderla por todas partes, y perseguian á los que oponian alguna resistencia. Al ocupar la silla el Santo obispo vió con dolor al arrianismo extendido por toda su diócesis, por lo que su primer objeto fué la conversion de todo su pueblo á la verdadera fé. Tomó en esto el mayor empeño, y tanto con sus fervientes ruegos á Dios, en cuya proteccion puso su principal esperanza, como con su constante predica-

cion y asidua tarea de enseñar los principios de la religion católica y combatir los errores de los arrianos, logró la conversion de la mayor parte de sus diocesanos, siendo uno de los instrumentos de que Dios se valió para reducir á la verdad á la nacion española. A los grandes esfuerzos de nuestro Santo debió convertirse el valeroso mártir San Hermenegildo, hijo primogénito del rey Leovigildo, ciego sectario y protector de los arrianos, quien irritado de ver rehusar á su hijo la comunion de un obispo de su secta, cometió el horrendo crimen de mandarlo matar, haciendo desterrar al mismo tiempo á San Leandro.

Esta desgracia no alteró la tranquilidad de nuestro Santo, que se glorió de padecerla por la gloria de Dios y el bien de sus hermanos; mas tampoco fué de larga duracion su destierro, pues muy pronto Leovigildo, atormentado de crueles remordimientos de su conciencia, lo devolvió á su silla, y aunque él no se convirtió al catolicismo, le entregó á su hijo Recaredo, que debia ser su sucesor, para que lo educase en la doctrina ortodoxa. Hizolo así San Leandro con tanto fruto, que teniendo despues el placer de ver subir á este piadoso príncipe al trono, logró por su medio y ejemplo, que las costumbres se reformasen en Sevilla, que la piedad cristiana se extendiese, y que con los sublimes discursos que hacia á sus pueblos, se cimentase la verdadera fé, quedando confundidos los vanos sofismas de los obispos arrianos.

No se contentó el zelo de nuestro Santo con la conversion de los visogodos, sino que tomó empeño en la de los suevos, pueblos tambien de España, que igualmente se hallaban corrompidos con el mal ejemplo y perversidad de Leovigildo, y logró que abjurasen sus errores y volviesen á la verdadera creencia; mereciendo por tan felices conquistas, y el gran bien que de ellas resultaba á la Iglesia universal, lo felicitase San Gregorio Magno con una carta gratulatoria.

Exterminada la heregía arriana por los esfuerzos de S. Leandro, se dedicó este zelosísimo obispo á mantener entre los fieles la fé y la doctrina católica en toda su pureza, como tambien el fervor y santidad de las costumbres, debiéndose á sus lecciones la heroica constancia con que padecieron despues el martirio en Sevilla tantos ilustres cristianos por defender la fé ortodoxa. Asistió Leandro al concilio celebrado en aquella ciudad, en que se arreglaron algunos puntos de disciplina; y el tercero Toledano del año de 589, en que asistieron setenta y dos obispos, se sancionaron veinte y tres cánones



tambien de disciplina, que tenían por objeto otros tantos puntos combatidos por los arrianos, cerrando de una vez la puerta á sus errores, y se mandó la observancia rigurosa de los cánones penitenciales, para probar la verdadera conversion de los que abjuraban el arrianismo.

Nuestro Santo se hizo tambien célebre por sus escritos, siendo uno de los mas famosos la carta que dirigió á su hermana Florentina, que tituló: *Regla de la vida monástica*, en la que resalta el desprecio que trataba infundir á todos, del mundo, y los consejos mas apropiados para los ejercicios de la oracion, que nos separa de la tierra y nos une á Dios. Reformó ademas la liturgia española, que no dejaba de tener grandes defectos, obra que despues perfeccionaron San Isidoro y San Ildefonso.

Hacia mucho tiempo que nuestro Santo padecía una cruel y dolorosa enfermedad de gota, que con sus vehementes dolores le hacia ejercitar su paciencia. San Gregorio, que adolecia del mismo mal, consolaba al Santo en sus cartas, diciéndole ser un favor especial del cielo, porque lo hacia padecer. Por fin descansó en el Señor S. Leandro, tanto de sus crueles padecimientos, como de todas las fatigas de su vida laboriosa y penitente; siendo su glorioso tránsito el dia 27 de Febrero del año 596.

*La Epistola es de los capítulos XLIV y XLV del libro de la Sabiduría (Eclesiástico) (pág. 199).*

He aquí un sacerdote grande &c.

*El Evangelio es del capítulo XXV de San Mateo (pág. 199).*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos esta parábola: Un hombre que debía ir muy lejos, &c.

#### MEDITACION.

*Sobre la necesidad de la penitencia para salvarse.*

Considera que no hay mas que dos caminos para ir al cielo; la inocencia ó la penitencia. No hay medio: O nunca pecaste, ó eres pecador. ¡Buen Dios! ¿Quién se podrá lisonjear de aquella primera inocencia? ¿Pues quién se podrá escusar de los rigores de la penitencia? Busca algun otro camino: por lo ménos es cierto que Jesucristo le ignoró. Fabricuémonos el sistema que nos pareciere; finjámos el moral que se nos antojare: pretextos de salud, vanos

títulos de la edad, escusas frívolas del amor propio, alegatos aereos del estado ó de la condicion; no hay privilegios, no hay razones que te eximan de una ley tan indispensable. No hay otro partido que tomar: ó llorar mientras dura el tiempo de nuestra vida, ó despues arder por toda una eternidad. Es esta vida el tiempo de la misericordia, es el fruto de la muerte del Redentor; pero la divina justicia no puede ser frustrada de sus derechos: estos son los que conserva y sostiene la penitencia; ella ocupa, por decirlo así, el lugar de la justicia divina; ella la representa como apoderada suya. Si por cierto: quiere Dios dejar á tu buena fé el castigo de tus pecados, quiere que tú mismo seas el vengador de tus delitos; quiere que tú te impongas á tí propio la pena que merecen: ¿puede poner tus intereses en manos mas favorables ni mas amigas? Desengañémonos; todo pecado ha de ser indispensablemente castigado; ó por un Dios vengador, ó por el hombre penitente.

Considera qué grande error es pretender salvarse sin hacer penitencia. Si no quereis renunciar mi Evangelio, dice el Salvador del mundo, debeis estar persuadidos á que el que pecó, si no hace penitencia, vanamente se lisonjea de conseguir su salvacion. ¿Se sigue hoy en el mundo esta doctrina? ¿Pero no será hacer bastante penitencia, confesar sus pecados, rezar algunas oraciones, ejercitarse en algunas obras satisfactorias impuestas en la confesion? ¿No bastará esto para cumplir con el precepto de hacer penitencia? Mas yo pregunto: ¿y será posible que la doctrina de Jesucristo sobre la necesidad de la penitencia, no se ha de reducir mas que á esto? ¿Los santos que no conocieron otro moral que el de Jesucristo, entendieron por ventura aquella doctrina, segun esta benigna interpretacion? Ni aun nosotros mismos, aunque no tengamos mas que una leve tinctura de nuestra religion, nos persuadiérmos facilmente á que todo el castigo que la divina justicia exige por nuestros pecados, se reducirá á una tan corta, tan ligera y tan superficial satisfaccion. ¿Será esta toda la penitencia cristiana despues de tan enormes culpas?

#### PETICION Y PROPÓSITOS.

¡Ciertamente que no, Dios de justicia y de misericordia! Ciertamente que no basta, ni para satisfacer á la justicia, ni para alcanzar la misericordia, una penitencia tan superficial, tan corta, tan limitada, que no obra tal vez ni aun la correccion de un solo defecto. No es esta ciertamente la penitencia que vos exigis, y que debe obrar la



entera y perfecta conversion del pecador á vos. Dejar de obrar el mal; comenzar á obrar el bien; quitar de delante de vos el mal de nuestros pensamientos pecaminosos; redimir nuestros pecados con obras de misericordia; hé aquí la penitencia que vos me exigís por vuestro Profeta Isaías; y la que yo propongo abrazar, macerando mi carne para reducirla bajo la servidumbre del espíritu, y sujetando á éste bajo la observancia de nuestra santa ley. Así espero cumplirlo contando con vuestra gracia que humildemente imploro.

## JACULATORIA.

Cumpliré en mi carne, oh Salvador mio! lo que falta á tu pasion aplicándomela por la penitencia.

## LECCION.

*Sobre la gloria y las ventajas de la resurreccion de Cristo.*

Aunque en las cuatro lecciones anteriores hemos procurado reunir toda la doctrina de este dogma, importante y fundamental del cristianismo, para concluir lo mas esencial de los puntos que en ella se contienen, manifestáremos hoy la gloria de la resurreccion del Salvador, y las ventajas que ella nos ha proporcionado.

Dijimos ya que el alma bienaventurada de Cristo, al tercero dia despues de haberse separado de su cuerpo, volvió á unirse al mismo en su resurreccion, aunque ni aquella ni éste se habian separado jamas de la divinidad, al verificarse esta nueva union, el cuerpo sagrado del Señor tomó una gloria maravillosa y celestial. La identidad, por decirlo así, de este cuerpo, la comprueban las figuras de sus llagas y los vestigios de sus gloriosas cicatrices, que presentó á Santo Tomás el mismo Jesucristo para que las tocase, y á los demas Apóstoles para que las viesen, y que quiso conservar sin permitir que su nuevo glorioso estado las borrara, ya para afirmar mas la fé de la resurreccion, ya para llevar perpetuamente las insignias ó los trofeos de su victoria, y ya finalmente para mostrar á su Eterno Padre el precio de nuestra libertad. Con otros muchos argumentos puede comprarse la verdad y la identidad del cuerpo de Cristo resucitado; y el testimonio de los Apóstoles, y las apariciones que hemos visto referen los libros sagrados, nos aseguran que resucitó de entre los muertos, y salió del sepulcro aquel mismo cuerpo que estuvo pendiente en la cruz. No sólo fué el mismo cuerpo, sino que

sin duda resucitó con su misma carne, huesos y sangre; pues cómo dice S. Agustin, "el poder divino quiso que quedase el mismo cuerpo, aunque permaneciendo algunas cualidades y sin permanecer otras, le quedó por ejemplo la facultad de moverse; pero no la fatiga ó el cansancio que causa en nosotros el movimiento; permaneció en él la facultad de comer, como dió de ello repetidas pruebas á los Apóstoles; pero sin la necesidad de hacerlo que nosotros tenemos para conservar la vida."

La gloria del cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, se deduce claramente de las siguientes palabras de San Pablo á los filipenses: *Jesucristo reformará nuestro cuerpo abatido, para hacerlo conforme á su cuerpo glorioso, segun la operacion con que tambien puede sujetar á sí todas las cosas,* y le dió á su Padre ántes de su dolorosa pasion. Esta gloria se manifestó tambien cuando se apareció á todos los Apóstoles entrando al Cenáculo, cuyas puertas estaban cerradas. "El Señor manifestó á sus discípulos, dice San Gregorio, su carne para que la viesen y palpasen, introduciéndose estando cerradas las puertas, para demostrarles que su cuerpo, despues de la resurreccion, tenía la misma naturaleza que ántes; pero se hallaba adornado de una superior gloria;" y en este sentido deben entenderse aquellas expresiones de San Pablo á los corintios: *Si conocemos á Cristo segun la carne: mas ahora ya no le conocemos;* "porque la resurreccion del Señor, dice San Leon, papa, no fué el fin de la carne, sino la commutacion de ella; mas en virtud de este aumento no se consumió su naturaleza." Varió la cualidad; pero no faltó la naturaleza, y se hizo impasible aquel cuerpo que pudo ser crucificado; se hizo inmortal el que pudo morir: se hizo incorruptible el que pudo ser vulnerado, y con razon se dice que la carne de Cristo en aquel estado en que ántes habia sido conocida, no se conocia despues, porque nada quedó en ella de pasible, ni nada enfermo; de tal suerte que es la misma por la gloria que adquirió. El profeta David, dice: *Y refloreció mi carne.* "Refloreció la carne del Señor, dice San Máximo, naciendo de la Virgen María, segun el profeta Isaías, cuando dijo: *Saldrá una varra de la raíz de Jesé, y de su raíz subirá una flor.* Pero refloreció tambien, cuando cortada por los judíos la flor de su cuerpo, germinó resucitando con gloria del sepulcro; y á manera de una flor olorosa, dió á todos los hombres la inmortalidad, rodeándolos del



suave olor de las buenas obras, manifestándose con toda la incorruptibilidad y el resplandor de la Divinidad eterna.

Explicando San Hilario aquellas palabras de Cristo á su Eterno Padre, que refiere San Juan, cuando dijo: Glorifícame tú en tí mismo con aquella gloria que tuve en tí antes que fuese el mundo: en estas palabras, dice, nada nuevo busca Jesucristo, nada ageno desea; pide ser tal cual habia sido antes; pide para sí aquello que antes era... Y el día de su resurreccion es cuando ha tomado esta gloria. Por eso dijo el Señor al sumo sacerdote cuando le preguntaba si era el Hijo de Dios, segun nos refiere San Mateo: Tú lo has dicho; y aun os digo que veréis desde aquí á poco al Hijo del Hombre sentado á la derecha de la virtud de Dios, y venir en las nubes del cielo. Porque la naturaleza de la carne glorificada despues de la resurreccion, se adornaba con la claridad que ántes tenia, cuando habiendo confesado el Hijo del Hombre á su Padre, resucitó para nunca mas morir.

Hemos visto ya la gloria que adquirió Jesucristo por su resurreccion; véamos ahora las ventajas, los frutos y las utilidades que nos han resultado á nosotros de ella misma. Por la resurreccion de Cristo Jesus, Salvador y Señor nuestro, no solo conocemos su victoria de la muerte y del demonio, su inmortalidad y su gloria, segun acabamos de observar; y finalmente, su divinidad; sino que conseguimos otras muchas utilidades de este dogma fundamental del cristianismo, y de este misterio de nuestra revelacion, pues por él conocemos la resurreccion de nuestros cuerpos y la de nuestras almas. Ningun cristiano duda, dice San Agustin, que nosotros estábamos muertos en el alma y en el cuerpo: en aquella, por el pecado, y en éste, por la pena de la culpa, y por consiguiente tambien por el pecado. Para curar y resucitar á la una y al otro, es necesario renovar en mejor lo que en peor se habia mudado. La impiedad es la muerte del alma, así como la corripibilidad es la del cuerpo, por la que se separa de él el alma. Faltando Dios; muere el alma, no de otro modo que faltando el alma muere el cuerpo. Pero el alma se resucita por la penitencia, y la renovacion de la vida comienza todavia en el cuerpo mortal en virtud de la fé, por la que creemos en aquel que justifica al impío, la que se aumenta por medio de las buenas obras, y crece de dia en dia, y se robustece cuanto se renueva mas y mas el hombre interior. Pero el cuerpo ó el hombre exterior, cuanto mas se prolonga esta vida mortal, tanto mas se acerca á la

corrupcion; y las enfermedades, la debilidad, las adicciones y la edad misma, nos conducen á la disolucion que llamamos muerte. Su resurreccion se dilata hasta el fin, cuando tambien nuestra justificacion se perfeccionará infaliblemente. Entonces seremos semejantes á él, porque lo veremos como es en sí. A estas dos muertes, pues, opuso nuestro Salvador la suya, y para hacer ambas resurrecciones en nosotros, verificó la suya; porque aunque no pudo ser peccador ó impío, para que como un espíritu muerto se renovase en el hombre interior, sino que revestido de la carne mortal, única que murió y única que resucitó, con ella sola nos enseñó á resucitar en el cuerpo y en el alma... La única muerte, pues, de nuestro Salvador, sirvió de salud á las dos muertes nuestras, es decir, del cuerpo y del alma; y su única resurreccion hizo en nosotros ambas resurrecciones.

La resurreccion de Cristo ha producido la resurreccion de nuestro cuerpo, porque aquella aunque perfectísima, es el ejemplar de la nuestra; y á la manera que resucitando el cuerpo de Cristo acabamos de ver la inmortal gloria que adquirió, del mismo modo nuestros cuerpos débiles y mortales, adquirirán por la resurreccion la gloria y la inmortalidad. Por eso el mismo Jesucristo dijo por San Juan: *Así como el Padre resucita los muertos y les da vida, así el Hijo da vida á los que quieren.* Sin embargo, este primer fruto de la resurreccion no ha de lograrse desde luego, porque Dios ha dispuesto que primero nos conformemos con Cristo paciente y muriendo en esta vida para llegar despues á aquella semejanza, por la que resucitarémos igualmente con Cristo.

En cuanto al segundo efecto de la resurreccion de Cristo que es la resurreccion de nuestra alma de la muerte del pecado á la vida de la gracia, despues de lo que hemos dicho en la leccion del dia primero de este mes, bastará copiar lo que dice el Apóstol S. Pablo á los romanos: *¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados con él en muerte por el bautismo, para que como Cristo resucitó de muerte á vida por la gloria del Padre, así nosotros tambien andemos en novedad de vida. ¿Porque si fuimos plantados juntamente con él á la semejanza de su muerte, lo seremos tambien á la de su resurreccion. Sabiendo esto que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con él, para que sea destruido el cuerpo del pecado, y no sirvamos ya mas á él.* A la manera, pue



que la pasión dolorosa y la preciosa muerte del Redentor del mundo es la causa de la remisión y del perdón de las culpas del humano linaje, en virtud de la cual morimos al pecado, la gloriosa resurrección de Jesucristo, es la causa de nuestra vida y de nuestra regeneración espiritual, la que llegamos á alcanzar por medio de la gracia santificante, como enseña en el mismo lugar el repetido Apóstol: *No está escrito solamente por Abraham, que le fué imputado á justicia; mas también por nosotros, á quienes será imputado si creemos en aquel que resucitó de entre los muertos, á Jesucristo nuestro Señor, el cual fué entregado por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.*

## DÍA VEINTE Y OCHO.

## San Roman, abad.

SAN ROMAN ó Romano, fué natural de la Borgoña, y nació por el año 390, de padres virtuosos que acertaron á criarle con tanta piedad, que desde muy niño se hizo recomendable por sus costumbres puras, y un vehemente deseo de consagrarse al servicio divino en la soledad. Así es que desde muy niño procuró instruirse en las costumbres de los anacoretas, y apénas entrado en la juventud, y movido de un aviso celestial, se retiró al monasterio de Aynai en Leon de Francia, donde permaneció algun tiempo ocupado en las prácticas religiosas.

De allí pasó á abrazar la vida eremítica á un monte escabroso, situado en los límites de la Francia y la Switserlandia, que se llama Jura, donde fijó su residencia en un pequeño llano, nombrado Condát, en el que habia un manantial de agua pura y un árbol copulento, cuyas ramas iban á defenderlo de la intemperie de las estaciones. Aquí estableció Roman su morada, resuelto á permanecer hasta la muerte en aquella desconocida soledad. El método de vida que emprendió fué admirable. Su alimento lo componian algunas frutas silvestres que se daban en el bosque; su sueño era muy corto; y el día lo ocupaba en la oración mental, en rezar algunos salmos, en la lectura de algunos libros espirituales que habia llevado consigo, y en el cultivo de un corto pedazo de tierra.

Después de algunos años de soledad, se le reunió su hermano



S. Nestor Obispo



S. Porfino Confesor.



S. Leandro Arzobispo.



S. Roman Abad.